

PARA UNA HISTORIA MARXISTA DE LA FILOSOFÍA (1972)¹

«Al estudiar a los filósofos del pasado se hace necesario empezar por conocer la organización social, que reflejará necesariamente las relaciones de producción: cómo se reparte la producción social entre las clases sociales que intervienen en ella. Esas relaciones de producción pondrán de manifiesto a su vez las exigencias de represión, de justificación o de edificación interior; y facilitarán al mismo tiempo la comprensión de la experiencia social (la acumulación de experiencia sobre los hombres por el manejo o manipulación a que se hallen sometidos), lo que contribuirá a completar el conocimiento de la organización social. Es más: las relaciones de producción harán asimismo posible la comprensión de las fuerzas productivas y los medios de producción (de la técnica) y de las posibilidades de innovación y de progreso (que no significan más que la acumulación de experiencia y los estímulos para su aplicación en la mejora de la producción), y, en consecuencia, el estado de la ciencia correspondiente.

Eloy Terrón Abad

Investigación de la dialéctica de la filosofía, sus fuentes de conocimiento, la organización social existente y la legitimación ideológica de la misma

El trabajo² constituye un intento serio, honesto y bien orientado de correlacionar la filosofía con sus fuentes de conocimiento y sus condicionamientos más influyentes. En cuanto la filosofía no es un conocimiento de primera mano, directo, es un gran acierto investigar sus relaciones con las fuentes primarias y directas de conocimiento. A saber:

1ª) la lucha del hombre con la naturaleza: la producción de los bienes necesarios a la subsistencia humana (ciencia natural);

2ª) la lucha del hombre con el hombre por el reparto de los bienes producidos, con todas sus consecuencias (ciencias sociales).

También es digno de subrayar el intento de correlacionar la organización de los conocimientos existentes para constituir un instrumento justificador de la organización social existente (esto es, de la forma de distribuir la producción existente) y una imagen del mundo y de la vida humana ventajosa para los propósitos de la clase dominante.

Esas tareas exigen investigar siguiendo cuatro líneas interrelacionadas, aunque aparezcan en numerosas ocasiones aparentemente aisladas:

1ª) la producción de bienes: el progreso del conocimiento de la naturaleza;

¹ Manuscrito, de noviembre de 1972; transcripción, edición y título de Rafael Jerez Mir. (*N. del ed.*).

² Recensión del mecanoscrito de la primera versión de mi libro *Filosofía y Sociedad. Una introducción a la historia social y económica de la filosofía*, rehecho y ampliado luego de forma notoria para su edición (Madrid, Ayuso, 1975 y 1981; y Madrid, Endymion, 1987) conforme a las observaciones que se hacen al final de este escrito y que Eloy Terrón me trasladó entonces de modo oral. (*N. del ed.*).

2ª) las relaciones de producción: cómo los hombres se reparten los bienes producidos y qué exigencias plantea en cada caso tal “reparto”;

3ª) las organizaciones sociales creadas para favorecer y mejorar el “reparto” o para resistirlo;

4ª) cómo -al ser costosa la represión física, material (especialmente en épocas en que la productividad por cabeza excedía muy poco al consumo por individuo)- fue necesario “idear” formas de represión más eficaces que la física y más baratas. De ahí la temprana aparición de las religiones con sus pretensiones absolutas de *control* de la conducta de los hombres; las religiones constituyeron un instrumento universal de control por su eficacia y su bajo costo. Por esa razón se convirtieron en el factor determinante y absorbente de toda la vida consciente de la humanidad. Las religiones pretendían ser el contenido y la forma de las conciencias de los hombres; en cuanto contenido, las religiones recogían y estancaban los conocimientos de la naturaleza y de la vida social elaborados por los hombres; y, en cuanto forma, construían una imagen del mundo y del origen y destino de la vida humana calcadas sobre la organización social más adecuada a la pervivencia de la clase dominante. Y llegaron a ser tan importantes, que acapararon durante milenios la actividad intelectual de los hombres en todas sus manifestaciones.

De la comunidad de creyentes a la religión como arma de poder: límites de la razón y desarrollo de la racionalidad formal. El caso del catolicismo

En su esfuerzo por acaparar, controlar y dominar toda actividad intelectual, las religiones asumieron muy pronto tareas intelectuales que acabarían por entrar en conflicto con la propia esencia de la religión; y éste es el otro aspecto por el que la filosofía tradicional ha permanecido durante muy largo tiempo ligada a las religiones. Me refiero al desarrollo de actividades justificativas y explicativas de principios, supuestos o dogmas religiosos que significaron la aparición de una lógica, una “dialéctica” y una teoría del conocimiento, indispensables para la racionalización de aspectos religiosos, consecuencias de la misma, y necesarias para adoctrinar e imponer la religión como forma de conciencia. Esa racionalización resultó de exigencias apoloéticas (lucha competitiva con otras religiones para ganar adeptos) y de la citada necesidad de imponer *manu militari* la religión a los propios súbditos (como decía el Padre Las Casas, “imponer el evangelio a lanzazos”).

Esa tarea surge cuando la religión pasa de ser una comunidad de creyentes -una secta de elegidos- a ser un instrumento de un poder: religión de un poder, de un príncipe. Y, en ese sentido, la filosofía ha estado (y aún está) profundamente condicionada por la religión y tanto en los objetos de su indagación como en el método. Porque, si bien la religión desplegó una actividad racionalizadora (dirigida a generalizar sus dogmas y a hacerlos accesibles a todos los hombres), no podía dejar libre a la razón; tenía que ponerle límites, a fin de que no se intentaran racionalizar los fundamentos de la religión misma, sus misterios.

Esa situación se advierte con claridad en la religión católica, que, desde hace varios siglos, se esfuerza por darse respetabilidad con una fachada

racional y científica cuando, de hecho, se halla en un mismo plano que cualquier otra religión. Aunque esa misma ambivalencia y el exceso de precauciones frente a la razón son las causas que han impedido un verdadero desarrollo de la filosofía científica en las naciones católicas.

Dos obstáculos se oponían con claridad a la aparición de una filosofía genuina en los países católicos; por una parte, el hecho de que a los filósofos católicos les viniesen dados los objetos de la indagación filosófica (objetos con frecuencia ficticios); y, por otra, el no disponer de otro instrumento metodológico que una lógica y una dialéctica estrictamente formales, que obraban como enmascaradoras de la realidad más bien que como instrumentos eficaces para descubrirla. La lógica y la dialéctica formales junto con el acaparamiento de la actividad intelectual por el clero cristiano (y lo mismo sucedió entre los judíos y entre los musulmanes) frustraron la aparición de una filosofía dialéctica y progresiva, instrumento eficaz para el dominio de la realidad por el hombre.

Al investigar y valorar la filosofía cristiana tradicional es necesario no perder nunca de vista su estrecha asociación con el cristianismo y su condicionamiento por él; pues, de no entenderla así, el investigador se perderá en una multiplicidad de caminos ficticios que no conducen a ninguna parte. En la filosofía tradicional hay que descubrir, a través del frondoso follaje religioso, el núcleo de pensamiento referible a la realidad, que dado su carácter clasista no debía ser mucho. Por ello, al estudiar a los filósofos del pasado, hay que averiguar el compromiso de clase y la filiación religiosa de cada filósofo para poder llegar a las “constelaciones” de pensamiento objetivo recibido del medio social (sobre todo a través del lenguaje) y reelaborado en formas cada vez más abstractas, puesto que no otra cosa ha sido en realidad la filosofía. A saber: la organización más elevada y abstracta de la experiencia recogida por toda la sociedad en su actividad.

La identificación de los conocimientos coherentes y su vertebración en un modelo “sistemático” de la totalidad de la realidad, tarea de la filosofía

Por filosofía puede entenderse una actividad intelectual dirigida a conocer la realidad en que viven los hombres. Pero se trata de una actividad intelectual para obtener una visión de conjunto del mundo de los hombres, del origen y evolución de la vida, del origen y destino (si hay alguno) del hombre, de la conciencia y de la sociedad, del origen y desarrollo del pensamiento, de la naturaleza de éste y de su relación con la realidad y con los hombres.

La filosofía es siempre indagación del todo, la búsqueda de la totalidad; es superación de los límites con que se enfrenta la actividad física e intelectual de los hombres. Pero, en esa búsqueda de la totalidad, la filosofía no se dedica a estudiar de modo minucioso cada parcela y cada aspecto de la realidad sino que recoge y elabora los conocimientos obtenidos por cada ciencia particular y trata de construir con ellos un “modelo” sistemático, orgánico, de la realidad.

En esa construcción hay que aprender a averiguar, de entre todos los conocimientos aportados por las ciencias, cuáles son coherentes entre sí; esto es, integrables en un sistema. Hay que aprender a descubrir las lagunas que aún existen, porque, si bien las ciencias están a punto de traslapar y batir toda la realidad, las lagunas deben ser enormes, debido a que cada ciencia buscó y

busca el mejor conocimiento de su parcela o aspecto de la realidad despreocupándose por completo de lo que sucede en otras ramas de la ciencia, así como de la coherencia de los conocimientos obtenidos por cada una.

La extensión universal de la ciencia y la demostración de la coherencia y unidad del universo por la física, base actual de una filosofía científica

Salvar lagunas y conectar conocimientos aislados, aún más, integrar esos conocimientos aislados forzando su coherencia, ha sido la tarea de la filosofía en el pasado, cuando edificaba concepciones del universo sin disponer ni mucho menos de datos suficientes para traslapar toda la realidad. Pero, hoy, la filosofía tiene extraordinariamente facilitada esta tarea por dos motivos: porque los científicos han batido o casi batido toda la realidad; y porque una ciencia, la física (la ciencia de la estructura general del universo) ha descubierto que el universo es coherente, que el universo es uno. Pues, de esto último es fácil deducir que, al ser el universo uno y coherente, sus leyes tienen que ser unas, unas mismas leyes; que las leyes que encuentran las distintas ciencias tienen que ser unas mismas leyes en cuanto leyes de un mismo organismo o mecanismo, en cuanto leyes de un universo cósmico.

Dialéctica de la organización social, la ciencia y la dimensión ideológica de filosofía, como objeto heurístico de una historia científica de la filosofía

Si se considera la filosofía tradicional (aparte de su dinámica interna) como sometida a diversas influencias (como el papel de “doméstica” de la teología, de instrumento justificador de situaciones existentes, de ariete para derribar situaciones establecidas, de ejercicio de purificación y pacificación interior, etc.), se advierte que en el fondo lo que incita a utilizarla en menesteres tan distintos es precisamente su dinámica interna y justamente en aquello que la hace peligrosa. A saber: la propensión a la racionalización, la preferencia irresistible hacia la crítica de los propios postulados o principios, la atracción de los resultados globales de la actividad pensante, etc. En otras palabras: lo que hace a la filosofía tan fascinante a personas atareadas en propósitos tan diversos es su amor al saber, su orientación científica. Porque, con la filosofía ocurre como con otros elementos culturales: el hacha más adecuada para obtener caza y para descuartizarla es a la vez la más apta para abrir el cráneo al enemigo; el arco y la flecha sirven lo mismo para cazar animales que para “cazar” hombres; como la dinamita, la energía atómica y la técnica en general. Todo depende del uso que se haga de tales instrumentos; y el empleo que se haga de los instrumentos culturales más eficaces depende a su vez de las relaciones de producción dominantes y de cómo se distribuya la producción social.

Por estas razones, al estudiar a los filósofos del pasado se hace necesario empezar por conocer la organización social, que reflejará necesariamente las relaciones de producción: cómo se reparte la producción social entre las clases sociales que intervienen en ella. Esas relaciones de producción pondrán de manifiesto a su vez las exigencias de represión, de justificación o de edificación interior; y facilitarán al mismo tiempo la comprensión de la experiencia social (la acumulación de experiencia sobre los hombres por el manejo o manipulación a que se hallen sometidos), lo que contribuirá a completar el conocimiento de la organización social. Es más: las

relaciones de producción harán asimismo posible la comprensión de las fuerzas productivas y los medios de producción (de la técnica) y de las posibilidades de innovación y de progreso (que no significan más que la acumulación de experiencia y los estímulos para su aplicación en la mejora de la producción), y, en consecuencia, el estado de la ciencia correspondiente.

A este propósito, es fácil deducir la marcha de la indagación:

1º) la organización social, con las correspondientes relaciones de producción, la situación y condición de los trabajadores y la tecnología utilizada;

2ª el estado de la ciencia, en conexión con éstas;

3ª) y finalmente, la filosofía, en cuanto condicionada por la necesidad de represión (religión) y de justificación y de lucha contra éstas, según los casos.

Todo esto está presente en el trabajo y creo que magníficamente desarrollado. Lo que se percibe es una cierta desconexión entre la organización social, las fuerzas productivas (la experiencia de la realidad, la ciencia) y la filosofía determinada por ellas. Pienso que sería muy conveniente hacer unas introducciones breves a cada una de las grandes etapas, señalando los caracteres más generales y propios para orientar al lector hacia los rasgos más típicos, para que esté alerta a los detalles. Estas breves introducciones serían unas orientaciones metodológicas, en cuanto trazasen las líneas generales (el pensamiento base) sobre las que discurrirían los detalles del análisis de cada escuela y cada filósofo en particular.

Es evidente que el autor tiene que ayudar al lector, no dejándolo sólo sino previniéndole siempre de lo que va a suceder; el autor tiene que explicar claramente y en los comienzos qué va a hacer, cómo se propone desarrollar cada cuestión. Creo que esto es importante.